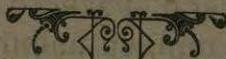


to de Ingenieros, cuya colocacion rectificué. Otras dos baterías de piezas de á 12 y de á 8, las demarqué yo mismo. La caballería al mando del general Juvera quedó á la retaguardia por la derecha, y en el flanco izquierdo también á retaguardia, el regimiento de Húsares: en este mismo flanco habia una altura que mandé ocupar por el batallón de León. El parque general á retaguardia cubierto por la brigada del general Andrade, y entre este parque y las lineas de batalla, se situó mi cuartel. Estas disposiciones, como debe suponerse, tardaron en ser ejecutadas, porque las tropas llegaban á sus posiciones después de una marcha de más de 20 leguas. No era, pues, hora de combatir, y quedó el ejército sobre las armas, siendo de advertirse que tan luego como el enemigo conoció que se ocupaba la altura que estaba á su flanco izquierdo y derecho nuestro, destacó dos batallones para desalojarnos, lo cual dió lugar á un reñido combate que duró toda la tarde hasta después de oscurecer, en el cual fué rechazado, sufriendo una pérdida como de cuatrocientos hombres, según declaracion de los prisioneros: la nuestra fué mucho menor, atendido que ocupábamos el lugar más ventajoso.



## CAPITULO 19º

## SUMARIO.

Detall de las acciones dadas en los campos de Angostura.—Segunda parte.—Batalla del día 23.—El ejército mexicano se retira á Aguanueva.—Junta de guerra en la que el General Santa-Anna consulta á los oficiales generales lo que debe hacerse.—Todos opinan que debe seguirse la retirada hasta San Luis Potosí.—La miseria y los heridos en Aguanueva.—El día 26 se emprende la marcha.—Desorden en que regresaron las brigadas del Ejército.—Número á que quedó éste reducido.

Al amanecer del día 23 monté á caballo: el enemigo no había variado su anterior disposicion y estaba prevenido para recibirnos: solo advertí una diferencia, y fué que por su derecha y bastante lejos de la posicion, tenía formados en batalla dos cuerpos de infantería y una batería de cuatro piezas, como con el intento de amenazar nuestro flanco izquierdo; pero esto desde luego conceptué que era llamamiento falso, porque nunca hubiera dejado á su retaguardia el accidente del terreno que era lo que puntualmente hacía formidable aquel puesto,

que consistía en un tejido de barrancas intransitables de que hablé antes; por lo mismo no hice caso de ese aparato de fuerza, y me decidí á mover las mias por la derecha. A este propósito, adelanté la division al mando del general Lombardini y la del general Pacheco, moviéndolas por la derecha: al general D. Manuel Micheltorena le mandé que situase la batería de piezas de á 8, por nuestro flanco derecho, para que oblicuase sus fuegos sobre la linea de batalla enemiga, y que se mantuviese con los oficiales de plana mayor de su mando á esperar mis órdenes. Las dí al general Ampudia, para que con la brigada ligera cargase por el flanco izquierdo: y hácia el derecho del enemigo, mandé al general Mora y Villamil para que se formase una columna de ataque compuesta del regimiento de Ingenieros, batallón número 12, fijo de México, compañías de Puebla y de Tampico, al mando del coronel D. Santiago Blanco. Dispuse asimismo que el Comandante general de artillería D. Antonio Corona, colocase la batería de piezas de á 12 en una posicion más dominante, y quedó en reserva la 3.<sup>o</sup> division al mando del general graduado D. José María Ortega.

En cuanto el enemigo percibió nuestros movimientos, dió principio á la batalla por todas partes, la que se sostuvo con bastante energía atacando con denuedo á nuestras tropas; éstas contestaron con la debida decision haciéndolo retroceder y persiguiéndolo á cuya sazón perdí mi caballo, que fué herido de una bala de metralla, teniendo que emplear algún tiempo para poder montar otro. Como el ene-

migo había cejado, hice avanzar la caballería para que cargase; pero aun cuando ésta lo hizo con esfuerzo, habiéndoles mandado varias recomendaciones á los generales de las divisiones y de las brigadas, entre éstos al general D. Angel Guzmán, y que todos así como su tropa se condujeron con resolución, no pudieron vencer las dificultades del terreno; después de haberse batido con honor se vieron obligados á volver á sus puestos, así como le sucedió á nuestra infantería con varias alternativas.

La batalla que comenzó á las 7 de la mañana se prolongaba por muchas horas, aumentándose á cada momento las pérdidas: ya habían sido muertos muchos oficiales y tropa, y heridos bastante número de gefes y oficiales distinguidos, entre ellos los Señores general Lombardini, tenientes coroneles Brito, Gayoso y otros varios: en los primeros se contaba á los Tenientes coroneles Asoños, Berra y diferentes beneméritos gefes y oficiales, cuya pérdida lamentará siempre la pátria.

El enemigo defendía su terreno con la mayor obstinacion, tanto que algunas de nuestras tropas se vieron obligadas á detener sus ataques, y muchos soldados como bisoños y acabados de llegar á las filas, se dispersaron: sirva esto de mérito para los que nunca paralizaron sus ataques, y para deducir lo reñido de la accion. Así permanecieron las cosas, cuando me propuse hacer el último esfuerzo, á ese fin, mandé montar una batería de piezas de á 24 y que la columna de ataque que estaba dispuesta por nuestro flanco izquierdo, la cual ya no tenía

objeto, viniese al derecho, que allí se reuniera á los restos del regimiento número 11, con el batallón de León y las reservas, todo al mando del general graduado D. Francisco Pérez. Esto lo ejecuté en persona, y después mandé al general Mora y Villamil para que le comunicase mis últimas disposiciones: y ya le tenía prevenido al expresado general Pérez que con aquella tropa, así como al general Pacheco con la suya, se batiese al enemigo hasta la extremidad, habiendo previamente mandado que la batería de á 8 avanzase para tomar de flanco á la línea enemiga. Esta dió la carga resuelta y atrevidamente; se le contestó con el más atrevido vigor, haciéndole un fuego tan nutrido que causaba admiración: los americanos no pudieron sostenerse, fueron rechazados y vencidos, habiéndoseles quitado tres de sus cañones, igual número de banderas, de las cuales dos remití ya con el primer parte á esa superioridad, y la otra que entonces por una equivocación no hice mérito de ella, se dedicará al H. Congreso del Estado de San Luis Potosí, como un testimonio de la gratitud del ejército, y una muestra del aprecio con que ha visto todos los sacrificios y servicios que le ha dispensado con tanta generosidad y patriotismo. Además, se les quitó una fragua de campaña, y otros pequeños objetos que no menciono. La caballería, á la que hice cargar y que lo verificó valerosamente, llegó hasta las últimas posiciones; en estas, ya ni por el terreno ni por el cansancio y fatiga en que se encontraban la tropa y caballos, me pareció prudente intentar desalojarlos: la batalla terminó á las seis de la tarde. quedan-

do nuestras tropas formadas en el campo que había sido ocupado por los americanos. Este último esfuerzo de nuestra parte hubiera sido decisivo, á lo que comprendo, si el Sr. Gral. Miñón hubiera concurrido á la batalla por la retaguardia del enemigo, mas no habiéndose así verificado, me veré en la dolorosa necesidad de mandar se sujete á un juicio para que explique su conducta. Una acción tan disputada, necesariamente había de causar considerables pérdidas: la nuestra consistió en más de mil y quinientos hombres, entre muertos y heridos; la del enemigo fué mucho mayor, pues tuvimos lugar de ver el considerable número de sus cadáveres.

El croquis de estas dos funciones, el itinerario desde Aguanueva al Saltillo, y los partes de los generales de las divisiones y brigadas, todos documentos que acompaño á V. E. darán una idea al Supremo Gobierno de los detalles en que yo no me he entretenido para no hacer más difuso este parte: pero esos testimonios lo darán auténticamente de la conducta de nuestras tropas, y de la gloria adquirida para la nación en estas jornadas.

A los soldados del ejército, á los Señores oficiales, jefes y generales, manifesté en la orden del día, y como era de justicia, mi satisfacción, dándoles las gracias en nombre de la República por su recomendable conducta.

Quisiera consignar en este oficio los nombres de tantos dignos militares que tuve el honor de mandar, para que su recuerdo quedase grabado en la gratitud nacional, no solo por su honroso y decidido comportamiento en ambas acciones, sino por la

constancia con que han sabido vencer tantas privaciones, penalidades y fatigas, dando ejemplo de civismo y de virtud militar.

Obsequiando esa misma justicia, hago míos los elogios que de sus subordinados han hecho los Señores generales de las divisiones y brigadas; además presentaré al supremo gobierno el mérito que contrajeron el Sr. General Director de Ingenieros D. Ignacio de Mora y Villamil, que cumplió en todas las comisiones que le confíe á toda mi satisfaccion, y lo considero digno del mayor elogio, y de la remuneracion que el supremo gobierno tenga á bien concederle á su mérito y distinguidos servicios: al Señor general D. Pedro Ampudia que se portó bizarramente, y á quien por el conocimiento y concepto ventajoso que tengo formado, le confíe el mando de los cuatro batallones ligeros: al Señor general D. Manuel Lombardini que mandaba la 1.<sup>a</sup> division de infantería, que se portó con valor, y salió herido: al Señor general D. Francisco Pacheco, comandante de la 2.<sup>a</sup> division de infantería que llenó mis órdenes y sus deberes, batiéndose á mi satisfaccion: al Sr. D. Julián Juvera que se condujo honrosamente y á quien mataron el caballo: al Señor general graduado D. Francisco Mejía, á los de la misma graduacion D. Anastasio Torrejón, que fué conatuso, D. Angel Guzmán que demostró la bizarría que tiene acreditada, y salió herido; al general graduado D. Manuel Micheltorena, quien como jefe de la plana mayor desempeñó debidamente todo lo que le correspondió á sus funciones, y además le confíe el especial encargo de la batería de piezas de á 8

que fué la más avanzada; al general D. Francisco Pérez; que se manejó como era de aguardarse de su acostumbrada bizarría, y por lo mismo le confíe el mando de las tropas de que ya hice mencion, y con las que contribuyó á que se arrollase la linea enemiga á las 5 de la tarde; encomiaré también á los Señores General José Maria Ortega que mandó la 3.<sup>a</sup> division de infantería y cumplió sus deberes á mi satisfaccion, y al general graduado D. José López Uraga, Generales D. Anastasio Parrodi, D. Manuel de la Portilla, D. Rafael Vázquez, D. Francisco Jáuregui, D. Andrés Terrés y D. José Juan Sánchez: es muy justo que se recomiende al Sr. Comandante general de artillería, coronel D. Antonio Corona, que cumplió como era de aguardarse, mis disposiciones, y que ha trabajado afanosamente en San Luis en las penosas tareas de su arma; es una obligacion muy grata para mi que alabe el mérito que han contraido los Señores Coroneles D. Juan Banencli, D. Carlos Brito que salió herido, Coronel de Húsares D. Miguel Andrade, quien se manejó con su acostumbrado valor y á mi satisfaccion, D. Santiago Blanco que mandó una columna de ataque por la izquierda y se portó muy bien, D. Miguel Blanco, ambos de Ingenieros, el de artillería de caballo D. José M.<sup>a</sup> Ovando y D. José Perdigón Garray; á los Tenientes coroneles D. Domingo Gayoso, que salió herido, asi como á los que también lo fueron D. Felipe Jicotencal, D. José María Quijano, D. Florencio Azpeitia, D. Juan Montes de Oca, Coronel graduado D. Francisco Rocha, D. Miguel Camargo y comandante de batallón D. José Oñate, y

en general á todos los jefes que mandaron cuerpos aun cuando no los mencione especialmente, entre ellos al Teniente Coronel D. Francisco Guitián: se han hecho muy recomendables los Señores que componían mi estado mayor, y que más que cumplidamente llenaron con el mayor empeño sus deberes y mis órdenes, entre los que cuento á los Señores Generales graduados D. Diego Argüelles, D. Simeón Ramirez y D. Luis Guzmán, que á pesar de hallarse notoriamente impedido por sus enfermedades quiso participar de los riesgos de los combates; al Sr. Coronel D. Benito Zenea, á mi secretario Coronel D. Manuel María Gil, que me pidió expresamente ser empleado como ayudante de campo, que me ha servido en toda la campaña con el más asiduo empeño, sin economizar penalidades y fatigas, y que cada vez se recomienda más por su dedicacion y buena voluntad; así como acreedor por sus brillantes disposiciones: al Señor Coronel graduado D. José Staboli, al Sr. Coronel de Urbanos D. Ramón Zeballos, á quien por el conocimiento que tengo de su patriotismo, y estando retirado en su hacienda, le invité para que me acompañase á lo que se prestó decididamente, y se condujo como debía esperarse de su acreditado pundonor: el Sr. Intendente de marina D. Ramón Betancourt y el Sr. Licenciado D. Miguel Ramos, ambos auditores del ejército, me pidieron ser empleados como mis ayudantes de campo, á cuyos patrióticos deseos accedí, persuadido de lo útiles que serían sus servicios, como así en efecto mi esperanza fué completada por su desempeño en lo más arriesgado de los combates:

recomiendo á mi ayudante de campo D. José Domingo Romero que cumplió satisfactoriamente; á los tenientes coroneles D. José Diaz de la Vega, que salió contuso, D. Antonio García, D. José Cadena, D. Ramón Codallos, coronel graduado D. Manuel Sabariego, tenientes coroneles graduados D. José Ramiro, D. Francisco Anievas y D. Antonio Almonte; comandante de escuadron graduado, D. Manuel Badillo, comandante de escuadron de urbanos D. Francisco Mosquera, capitanes D. José Schiafino y D. Alejandro Faulac, al teniente D. Ramón Aguilera; con particularidad recomiendo á D. Antonio L. de Santa-Anna, que á pesar de no ser su carrera la militar, puesto que es oficial 5.º de la Aduana de Tampico, me pidió funcionar de mi ayudante y participó de todos los peligros; lo mismo el oficial 2.º del ministerio de marina D. Mariano Ortiz; faltaría á la justicia si no hiciese un especial elogio del intrépido y malogrado capitán de Húsares D. José Oronoz que murió bizarramente: ha dejado una viuda jóven y dos hijos: espero que á aquella y á éstos se les declare una pension igual al sueldo entero del esposo y padre, que por su denodado comportamiento se hizo acreedor á esa consideracion; asimismo hago presente á la piedad del Gobierno el mérito que contrajeron los bizarros Tenientes Coroneles D. Félix Asoños y D. Francisco Berra; los comandantes de escuadrón D. Ignacio Peña y D. Juan Luyando, y el de batallon D. Julián Ríos para que así á sus familias como á las de los demás que murieron gloriosamente, se les acuerden las pensiones concedidas por la ley: recomiendo al capellán mayor

del ejército D. Manuel Perfecto Ordóñez y á los demas capellanes, por la dedicacion que pusieron en cumplir su ministerio: y es digno de elogio el inspector del cuerpo médico D. Pedro Vander-Linden por su eficacia y asiduo celo, tanto por él como respecto de sus subordinados: al capitán del regimiento de Querétaro D. Vicente Quiróz que me presentó una bandera enemiga, le ofrecí en nombre del Supremo Gobierno el empleo de comandante de batallón, así como por igual motivo mandé ascender á sargento al cabo del activo de Aguascalientes Liberato Cruz: por último, se hacen dignos de mencion el Señor General D. Ciriaco Vázquez, y teniente coronel D. Manuel Jiménez, quienes aunque no concurren á las acciones, quedó el primero de comandante de la brigada en Matehuala y el otro con la importante comision de acopiar viveres: ambos me manifestaron sus ardientes deseos por hallarse en el conflicto, y si no accedí, fué por la importancia de sus servicios para los objetos á que los destiné.

El estado de los muertos y heridos que tambien es adjunto, impondrá de cual es nuestra pérdida: yo faltaría á la equidad y á mis sentimientos, si no volviese á pedir de la manera más encarecida, que se atienda á las viudas, á los huérfanos y á los heridos que quedasen imposibilitados, del modo que tienen dispuesto las leyes.

La formidable posicion que ocupó el enemigo fué la circunstancia que lo salvó: de otra manera la victoria hubiera sido completamente decisiva, á pesar de la obstinada resistencia con que se condujo; pero no obstante, este triunfo tendrá resultados fa-

vorables á la causa nacional, porque hará conocer todo lo que puede hacerse cuando se unan los ánimos, y coadyuvemos al mismo fin.

El ejército ha hecho más de lo que pudiera esperarse en un orden natural: acaba de formarse, aún no tiene adquirida la disciplina y la costumbre militar, se dirige al combate venciendo dificultades que arredrarían el ánimo más esforzado, después de una marcha de veinte leguas, sin agua en diez y seis de ellas, sin otro alimento que un solo rancho tomado en la hacienda de la Encarnacion, sufrió una fatiga durante dos días combatiendo, y al fin triunfando. Con todo, las fuerzas físicas estaban apuradas: esta certeza, y la obligacion en que me hallaba de atender á tanto número de heridos, me decidieron después de haber permanecido algunas horas en el campo de batalla, á situarme en Aguanueva para atender allí á la reparacion y alivio del soldado.

El enemigo quedó tan impuesto, que no se presentó á nosotros en tres días: vino, sí, un parlamentario á proponerme de parte del General Taylor un cange de prisioneros, y á que mandase por los heridos que quedaron en el campo: me manifestó los deseos que tenían los americanos de que se restableciese la paz. Yo le contesté para que lo hiciese saber á su general, que nosotros sosteníamos la más sagrada de las causas, cual era la defensa del territorio, y la conservacion de nuestra nacionalidad y derechos: que no eramos los agresores, y que nuestro Gobierno jamás había ofendido al de los Estados

Unidos: que nada hablaríamos de paz mientras los americanos estuvieran de este lado del Bravo, ocupasen alguna parte del territorio mexicano, ó bloqueasen nuestros puertos: que estábamos decididos á perecer si necesario fuese en la demanda ó á vindicar nuestro honor y derechos, que no siempre la fortuna les sería favorable, y que el 22 y el 23 conocieron por experiencia que puede tener mudanzas: que los americanos nos hacían una guerra de vandalismo, cuyo exceso repugnaba á los sentimientos de humanidad que debía demostrar una nacion civilizada á otra tambien civilizada; que saliese del aposento, y vería humear todavía las habitaciones de Aguanueva (lo que en efecto era cierto), poblacion pequeña en otro tiempo, pero en proporcion bastante floreciente: que los mismos vestigios de desolacion encontraría por el camino ejecutados en su retirada: que se alejase un poco á Catana, y oiría los gemidos de las viudas y huérfanos de víctimas inocentes sacrificadas sin necesidad. Por lo que hace acerca de los heridos que me invitaba mandase por ellos, le contesté que serían aquellos que por muy graves no pudieran levantarse del campo de batalla, ó los que por muy avanzados quedaron en las barrancas, que no teniendo yo medios de conduccion podían llevárselos al Saltillo, bajo la proteccion del derecho de gentes: por lo relativo á los prisioneros de que me proponía cange, ignoraba cuales pudieran ser, á menos que algunos dispersos, ó que se quedarían dormidos por la fatiga de los días anteriores sin percibir nuestro movimiento; contestando pues á la cortesía del general enemigo ejercida con

relacion á los heridos, consentí en nombre de la nacion en devolverle todos los prisioneros así los de la batalla, como los de la Encarnacion. Asimismo concedí al parlamentario, que era un oficial superior de recomendable figura y modales, que le desvendasen los ojos, y expresamente le hice saber que le acordaba este honor. Eso lo mandé ejecutar con el fin tambien de que pudiera ver el campo y nuestra tropa.

Como he dicho en el párrafo anterior, estuvimos en la hacienda tres días, pero noventa reses, único auxilio con que contaba, se habían consumido el día 25, los caballos tampoco tenían con que alimentarse; los heridos por más eficaces esfuerzos y providencias que dicté, á muchos no se les había hecho sino la primera curacion y á algunos cuantos, todavía ninguna.

Por efecto del rigoroso clima, los malos y escasos alimentos, la falta absoluta de pan, la pésima calidad del agua en los anteriores vivaques, estaba declarada en el ejército una enfermedad de estómago que había atacado á nuestra tropa y oficiales, y estaban imposibilitados al menos la mitad de los que componen el ejército: conocía que al retrogradar á nuestras antiguas posiciones, era un paso inevitable: con todo, y que cuanto nos rodeaba persuadía esa necesidad, mi ánimo se resistía á ejecutarla, no por otra cosa sino porque estaba previendo que ya fuese por ignorancia, por malicia ó por presuncion, se había de criticar la contramarcha; y los que no estaban presentes en la situacion, tal vez supondrían al ejército en la posibilidad de continuar las operaciones.

Si seis dias antes, no habiendo sufrido tanto la tropa, no combatido dos dias continuados, no teniendo el embarazo de los enfermos y heridos, estando la moral y la salud entera, no me pareció prudente mover el ejército por la derecha ó la izquierda para que no se aumentasen las marchas y las dificultades, ¿como hubiera sido posible seguir operando después de todas las ocurrencias subsecuentes? Mas digan lo que quieran los detractores, el ejército, así como yo, responderemos siempre con nuestra conducta, con nuestros deseos, y con la notoria imposibilidad de cumplirlos: sin embargo de mi convencimiento, quise oír la opinion de los Generales y la de algunos Gefes, por si pudiera ocurrírseles algun recurso que á mi no se me presentaba: sin hacerles conocer mi concepto, escuché los suyos, y todos unánimes y cada uno de ellos en lo particular, manifestaron y demostraron por diversos caminos, si bien su buena voluntad, la necesidad en que estaba el ejército de contramarchar, para lo que de ningùn modo era obligado por el enemigo; después de haberlos oído, fué cuando les manifesté mi resolucion de acuerdo con sus opiniones, formando una acta de la junta, que tuve el honor de remitir á ese Ministerio con fecha 25.

El día 26, habiendo previamente dado aviso al General Miñón para que siguiese el movimiento, emprendió el ejército la retirada para ocupar las primeras poblaciones que facilitan recursos, tales como la hacienda de San Juan de Vanegas, Catorce, el Cedral y Matehuala, así como Tula: aun dudo que en ellas podamos atender á los enfermos, heridos y

al restablecimiento de las pérdidas que hemos sufrido en estas fatigosas jornadas.

La nacion, á quien se le ha procurado un triunfo á costa de tantas penalidades, conocerá que si en medio de los inconvenientes de todas clases se pudo vencer, no será dudoso el éxito en la lucha que sostenemos, si se reunen los ánimos al único y sagrado fin de la defensa común: para hacer la guerra no basta como creen muchos un determinado número de hombres, es preciso que se armen, se equipen, se disciplinen y acostumbren, y que se provea al sostenimiento regularizado de esas fuerzas orgnizadas; téngase presente que debemos combatir en un pais que carece de todos recursos, y que para la subsistencia se necesita llevar todo con los combatientes: no basta la buena voluntad de algunos pocos, sino que se necesita la cooperacion de todos; si no dejamos á un lado mezquinos intereses y pequeñas pasiones en obsequio de la causa nacional, no debemos aguardar sino desastres. Al ejército y á mí que lo he conducido, nos toca la satisfaccion de haber demostrado esta verdad.

Dígnese V. E., al darle cuenta al Exmo: Sr. Vice-Presidente de la República, de hacerle presentes las demostraciones de mi respeto.

Dios y libertad. Rancho de San Salvador, Febrero 27 de 1847.—*Antonio López de Santa-Anna.*  
—Exmo. Sr. Ministro de la guerra y marina.”

Como se ve en el parte anterior, después de la acción del día 23 se retiró nuestro ejército á Aguanueva. En la noche del 24 el General Santa-Anna reunió una junta de oficiales generales para consultar lo que debería hacerse. Todos opinaron como Santa-Anna, que debía seguirse la retirada hasta San Luis Potosí.

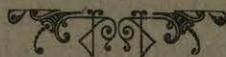
Refiriendo la llegada y permanencia del ejército en Aguanueva, durante dos días, dice en sus *Memorias* el Coronel Balbontín, testigo presencial, lo siguiente:

El aspecto del campamento de Aguanueva era tranquilo: la fatiga y el cansancio de los días anteriores obligaban á la tropa á permanecer en quietud; solamente la necesidad de buscar alimento hacía discurrir á algunos de un lado á otro: dos oficiales partieron una tablilla de chocolate que comieron en crudo y sin más acompañamiento; otros cuatro se reunieron para comer un plato de arroz sin pan ni otra cosa. . . . . En el bosque, cerca de un arroyo, se habían detenido los carros que conducían los heridos; estos desgraciados, á quienes nadie atendía, clamaban con acento dolorido para que se les impartiese algún auxilio; los que habían muerto durante la noche fueron bajados de los carros, y cubiertos con sus mantas parecía que dormían. Si de aquel triste sitio se dirigía la vista á la hacienda, se contemplaba otro espectáculo más pavoroso: en la casa principal, cuyo techo había sido consu-

mido por las llamas, se estableció el hospital de sangre: allí los heridos, sin distinción de clases, yacían por el suelo en tan gran número que no había lugar donde dar un paso; allí también se hacían las amputaciones y se practicaban las operaciones más crueles á la vista de los demás pacientes; donde quiera se elevaban ayes tristísimos, producidos por los más acerbos dolores. En una pieza contigua, también destechada, se veían amontonados los brazos y piernas que ya no eran útiles á sus dueños. Fuera de aquel tristísimo recinto, los animales muertos que dejó el enemigo y los despojos de las reses que se mataban para alimentar á las tropas, completaban un cuadro lúgubre, capaz de impresionar al ánimo más esforzado. La mala alimentación, la falta de abrigo en estación tan cruda en aquella región, desarrollaron en el ejército fuertes disenterias que la mayor parte de los hombres padecían. A las dos de la tarde del 26 se comenzó á levantar el campo de Aguanueva, sin que el enemigo hubiérase presentado á hostilizarnos, á pesar de hallarse á corta distancia: esto prueba lo mucho que sufrió en la batalla del 23.

Se mandaron por delante á los enfermos y heridos; siguieron las brigadas de infantería y después las de caballería y trenes. En el camino quiso adelantarse Santa-Anna con objeto, según dijo, de preparar en las poblaciones del trayecto todo lo necesario para los cuerpos. Así lo hizo, dejando encargado del mando en Jefe del ejército al General D. Pedro Ampudia. Ese nombramiento fué mal recibido por los demás Generales, lo que hizo que

Santa-Anna lo revocara, confiriéndolo al General D. Francisco Pacheco, pero este Jefe se había separado del ejército en la Hacienda del Salado. Desde allí cada brigada caminó por cuenta propia en completo desórden, lo que, agregado á la desmoralización que se habia apoderado de nuestros soldados por aquella retirada sin causa conocida para ellos, produjo una numerosa deserción ascendiendo las bajas que tuvo el ejército entre Angostura y San Luis á 10,000.



## CAPITULO 20º

## SUMARIO.

El ejército mexicano sale de Aguanueva para San Luis.—Taylor vuelve á ocupar esa Hacienda.—El Mayor General Taylor rinde á su gobierno el parte oficial de la batalla de Angostura.—Retrocede á Monterrey.—Inexactitudes en el parte del Gral. Americano.—Triunfos del Gral. Urrea sobre los americanos.—Llega á San Luis el ejército que combatió en Angostura.—Manifestaciones cariñosas con que lo recibe la ciudad.—El General Santa-Anna regala á la Legislatura una de las tres banderas que quitó al enemigo.—Discursos pronunciados en el acto de la entrega.—Esa bandera ya no existe en el Palacio.—Otro pronunciamiento en México.—Los Polkos.—Santa-Anna se despide de sus tropas.—Sale para la capital de la República.—Acepta el pronunciamiento.—Desaire al comisionado del partido liberal puro.—Cambio de jefes en la Comandancia general del Estado.—Taylor permanece en las poblaciones de la frontera.—San Luis vuelve á reunir dinero y víveres para el ejército.

El día 26 salieron de Aguanueva las últimas tropas mexicanas para el interior de la República, y el día 27 volvió Taylor con su ejército á ocupar el mismo punto. De allí rindió á su gobierno el parte de los hechos de armas de Angostura y luego marchó para Monterrey con el fin de cuidar esa pla-